

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte  
 Cuando ellos en la fuerza iban menguando,  
 Representóles el temor la muerte,  
 Las heridas y sangre resfriando;  
 Algunos desaniman de tal suerte  
 Que se van al camino retirando:  
 No del todo, señor, desbaratados,  
 Mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagrán, haciendo fuerza,  
 Se arroja y contrapone al paso airado,  
 Y con sabias razones los esfuerza,  
 Como de capitán escarmentado,  
 Diciendo: «Caballeros, nadie tuerza  
 De aquello que á su honor es obligado,  
 No os entreguéis al miedo, que es, yo os digo,  
 De todo nuestro bien grande enemigo.

»Sacudidle de vos, y vereis luego  
 La deshonra y afrenta manifiesta,  
 Mirad que el miedo infame, torpe y ciego  
 Mas que el hierro enemigo aquí os molesta:  
 No os turbeis, reportaos, tened sosiego,  
 Que en este solo punto teneis puesta  
 Vuestra fama, el honor, vida y hacienda,  
 Y es cosa que después no tiene enmienda.

Cuán bien desto salió, que del caballo  
 Al suelo le trajeron aturdido;  
 Cuál procura prendello, cuál matallo,  
 Pero las buenas armas le han valido:  
 Otros dicen á voces: «desarmallo:»  
 Acude allí la gente y el ruido;  
 Mas quien saber el fin desto quisiere  
 Al otro canto pido que me espere.



»¿A dó volveis sin orden y sin tiento,  
 Que los pasos tenemos impedidos?  
 ¿Con cuánto deshonor y abatimiento  
 Seremos de los nuestros acogidos?  
 La vida y honra está en el vencimiento,  
 La muerte y deshonor en ser vencidos:  
 Mirad esto, y vereis huyendo cierta  
 Vuestra deshonra, y mas la vida incierta.»

De la plaza no ganan cuanto un dedo  
 Por esta y otras cosas que decia,  
 Segun era el terror y estraño miedo  
 En que el peligro puesto los habia:  
 «¿Dónde que dar mejor que aquí yo puedo?»  
 Diciendo Villagrán, con osadía  
 Temeraria arremete á tanta gente  
 Solo para morir honradamente.

• La vida ofrece de acabar contenta  
 Por no estar al rigor de ser juzgado,  
 Teme mas que la muerte alguna afrenta  
 Y el verse con el dedo señalado;  
 No quiere andar á todos dando cuenta  
 Si volver las espaldas fué forzado,  
 Que por dolencia ó mancha se reputa  
 Tener puesto el honor hombre en disputa.



## CANTO VI

Prosigue la comenzada batalla con las estrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte  
 Ni revolver de hado riguroso  
 Le pueden presentar caso tan fuerte,  
 Que le traigan á estado vergonzoso...  
 Como ahora á Villagrán, que con su muerte,  
 No siendo de otro modo poderoso,  
 Piensa atajar el áspero camino,  
 Adonde le tiraba su destino.

Sus soldados el paso apresurando  
 En confuso monton se retrujeron,  
 Cuando en el nuevo y gran rumor mirando  
 A su buen capitán en tierra vieron:  
 Solos trece la vida despreciando  
 Los rostros y las riendas revolvieron,  
 Rasgando á los caballos los ijares  
 Se arrojan á embestir tantos millares.

Con más valor que yo sabré decillo  
 El pequeño escuadron ligero cierra,  
 Abriendo en los contrarios un portillo  
 Que casi puso en condición la guerra.  
 Rompen hasta do el misero caudillo  
 De golpes aturdido estaba en tierra,  
 Sin ayuda y favor desamparado,  
 De la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros  
 En esta empresa y suerte señalada;  
 Y estaban como lobos carniceros  
 Sobre la mansa oveja desmandada,  
 Cuando discordes con aullidos fieros  
 Forman música en voz desentonada;  
 Y en esto los mastines del egido  
 Llegan con gran presteza á aquel ruido.



Así los enemigos apiñados  
En medio al triste Villagrán tenían,  
Que por darle la muerte embarazados  
Los unos á los otros se impedían;  
Mas los trece españoles esforzados  
Rompiendo á la sazón sobrevenían,  
De roja y fresca sangre ya cubiertos  
De aquellos que dejaban atrás muertos.

Con gran presteza del amor movidos  
A donde á Villagrán ven se arrojaban,  
Y los agudos hierros atrevidos  
De nuevo en sangre nueva remojaban:  
Desamparan el cerco los heridos,  
Acá y allá medrosos se apartaban,  
Algunos sustentaban con mas suerte  
Su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso monton se deshacía  
Desocupando el campo escarmentados,  
Otra junta mayor luego nacia,  
Y estaban sus lugares ocupados:  
Del sueño Villagrán aun no volvía;  
Mas tal maña se dieron sus soldados,  
Y así las prestas armas revolvieron,  
Que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse mas tiempo fuera muerto,  
Y á bien librar salió tan mal parado,  
Que, aunque estaba de planchas bien cubierto,  
Tenía el cuerpo molido y magullado;  
Pero del sueño súbito despierto,  
Viendo trece españoles á su lado,  
Olvidando el peligro en que aun estaba,  
Entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo  
Sin escarmiento ni temor vendía,  
Llevando en su defensa al bando amigo  
Que destrozando bárbaros venía:  
Trillan, derriban, hacen tal castigo  
Que duran las reliquias hoy en día,  
Y durará en Arauco muchos años  
El estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Mailongo de pasada  
De un valiente altibajo á fil derecho,  
No le valió de acero la celada,  
Que los filos corrieron hasta el pecho:  
Aguilera al través tendió la espada,  
Y al dispuesto Guamán dejó mal trecho,  
Haciendo ya el temor tan ancha senda  
Que bien pueden correr á toda rienda.

Salen pues los catorce vitoriosos  
Donde los otros de su bando estaban,  
Que turbados, sin orden, temerosos  
De ver su muerte ya remolinaban:  
No bastaron ni fueron poderosos  
Villagrán y los otros que llegaban  
A estorbar el camino comenzado,  
Que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo el araucano,  
Del todo de vencer desconfiados,  
Y los caballos sin aliento en vano  
De importunas espuelas fatigados,  
A grandes voces dicen: «á lo llano,  
No estemos desta suerte arrinconados;»  
Y con nuevo temor y desatino  
Toman algunos dellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada,  
Cuando á lugar estrecho es reducida,  
De diestros cazadores rodeada  
Y de importunos tiros perseguida,  
Que viéndose ofendida y apretada  
Una rompe el camino y la huida,  
Siguiendo las demás á la primera;  
Así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados  
Corren á la bajada de la cuesta,  
Sin orden ni atencion apresurados,  
Como si al palio fueran sobre apuesta:  
Aunque algunos valientes ocupados  
Con firme rostro y con espada presta,  
Combatiendo animosos no miraban  
Cómo así los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen  
De remedio tan flaco y vergonzoso;  
Antes en su batalla se mantienen  
Trayendo el fin á término dudoso:  
Y con heroicos ánimos detienen  
De los indios el ímpetu furioso,  
Y la disposicion del duro hado,  
En daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen  
Contrastando al destino, que parece  
Que el valor araucano disminuyen,  
Y el suyo con difícil prueba crece;  
Mas viendo á los amigos cómo huyen,  
Que á mas correr la gente desaparece,  
Hubieron de seguir la misma via,  
Que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,  
Que será á la sazón mas conveniente;  
Pues me suena en la oreja el triste llanto  
Del pueblo amigo y género inocente:  
No siento el ser vencidos tanto, cuanto  
Ver pasar las espadas crudamente  
Por vírgenes, mujeres, servidores,  
Que penetran los cielos sus clamores.

La infantería española sin pereza  
Y gente de servicio iban camino,  
Que el miedo les prestaba lijereza,  
Y mas de la que algunos les convino;  
Pues con la turbacion y gran torpeza  
Muchos perdieron de la cuesta el tino,  
Ruedan unos los lomos quebrantados,  
Otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,  
Los arroyos de sangre el llano riegan,  
Rompiendo el aire el llanto y alaridos  
Que en son desentonado al cielo llegan;  
Y las lástimas tristes y gemidos,  
Puestas las manos altas con que ruegan,  
Y piden de la vida gracia en vano  
Al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando  
Con mano presta y piés en la corrida,  
Hiriendo sin respeto y derribando  
La inútil gente, misera, impedida,  
Que á la amiga nacion iba invocando  
La ayuda en vano á la amistad debida,  
Poniéndole delante con razones  
La deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban,  
Si alguno á defenderlos revolvia,  
Viendo cuánto los otros se alargaban,  
Alargarse también le convenía:  
Ni á los que por amigos se trataban,  
Ni á las que por amigas se debía,  
Con quien habia amistad y cuenta estrecha,  
Llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros, sin parar en nada,  
Por la carrera de su sangre roja  
Dan siempre nueva furia á su jornada,  
Y á los caballos priesa y rienda floja;  
Que ni la voz de virgen delicada,  
Ni obligacion de amigos los congoja:  
La pena y la fatiga que llevaban  
Era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor y endurecidos,  
Miden con sueltos piés el verde llano;  
Pero algunos de lástima movidos,  
Viendo el fiero espectáculo inhumano,  
De una rabiosa cólera encendidos  
Vuelven contra el ejército araucano,  
Que corre por el campo derramado,  
La mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir revuelven,  
Haciendo al sexo tímido reparo,  
Y de suerte en los bárbaros se envuelven  
Que á mas de diez la vuelta costó caro:  
Por esto los primeros aun no vuelven,  
Que quieren que el partido sea más claro,  
Y no poner la vida en aventura,  
Cuanto lejos de allí, tanto segura.



Torna la lid de nuevo á refrescarse,  
De un lado y otro andaba igual trabada,  
Pecho con pecho vienen á juntarse,  
Lanza con lanza, espada con espada:  
Pueden los españoles sustentarse;  
Que la gente araucana derramada  
El alcance sin orden proseguía,  
Haciendo todo el daño que podía.

Cual banda de cornejas esparcidas  
Que por el aire claro el vuelo tienden,  
Que de la compañera condolidas  
Por los chirridos la prision entienden,  
Las batidoras alas recogidas  
A darle ayuda en círculo descienden:  
El bárbaro escuadrón desta manera  
Al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,  
Viendo el tumulto y aire polvoroso,  
Deja el alcance, y de tropel concurre  
Al son de las espadas sonoros:  
Cada araucano con presteza ocurre  
Adonde era el favor mas provechoso,  
Y los sangrientos hierros en las manos  
Cercan el escuadrón de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,  
Crece el son de las armas y refriega,  
Y los nuestros se van disminuyendo,  
Que en su ayuda y socorro nadie llega;  
Pero con grande esfuerzo combatiendo,  
Ninguno la persona á ciento niega;  
Ni allí se vió español que se notase  
Que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte como si del cielo  
Tuvieran el seguro de las vidas,  
Se meten y se arrojan sin recelo  
Por las furiosas armas homicidas:  
Caen por tierra y echan por el suelo,  
Dan y reciben ásperas heridas,  
Que el número dispar y aventajado  
Suple el valor y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo  
La muerte y furia bárbara importuna,  
El ímpetu y pujanza resistiendo  
De la gente, del hado y la fortuna:  
Mas contrastar á tantos no pudiendo  
Sin socorro, favor ni ayuda alguna,  
Dilatando el morir, les fué forzoso  
Volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar mas desatino,  
Que van los delanteros como el viento;  
Usar de aquel remedio les convino,  
Y no del temerario atrevimiento:  
Muchos mueren en medio del camino  
Por falta de caballos y de aliento,  
Y de sangre también, que el verde prado  
Quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,  
Los bárbaros por piés los alcanzaban,  
Y en los rendidos dueños derribados  
La fuerza de los brazos ensayaban:  
Otros de los peones empachados,  
Digo de los cristianos que á pié andaban,  
Casi moverse al trote no podían,  
Que con solo el temor los detenían.

Los cansados peones se contentan  
Con las colas ó acciones aferradas,  
Y en vano lastimosas representan  
Estrechas amistades olvidadas:  
De sí los de á caballo los ausentan,  
Si no pueden á ruego, á cuchilladas,  
Como á los más odiados enemigos,  
Que no era á la sazón tiempo de amigos.

Atruena todo el valle el gran bullicio,  
Armas, grita y clamor triste se oía  
De la gente española, y de servicio  
Que á manos de los indios perecía:  
No se vió tan sangriento sacrificio,  
Ni tan estraña y cruda anatomía,  
Como los fieros bárbaros hicieron  
En dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos  
De los lomos al vientre atravesados,  
Por medio de la frente otros hendidos,  
Otros mueren con honra degollados;  
Otros que piden medios y partidos,  
De los cascos los ojos arrancados,  
Los fuerzan á correr por peligrosos  
Peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mujeres delicadas  
El debido respeto no guardaban;  
Antes con mas rigor por las espadas  
Sin escuchar sus ruegos las pasaban;  
No tienen miramiento á las preñadas,  
Mas los golpes al vientre encaminaban;  
Y aconteció salir por las heridas  
Las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta el que mas puede  
Y paga el perezoso y negligente,  
Que á ninguno mas vida se concede  
De cuanto puede andar lijeramente;  
Y al que torpe es forzoso que se quede  
Que no es en la carrera diligente,  
Que la muerte que airada atrás venía,  
En afirmando el pié le sacudía.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,  
Muchos á la alta cumbre han arribado,  
Adonde una albarrada hallaron hecha,  
Y el paso con maderos ocupado:  
No tiene aquel camino otra desecha,  
Que el cerro casi en torno era tajado,  
Del un lado le bate la marina,  
Del otro un gran peñol con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos  
El nuevo muro en breve tiempo hecho,  
Con arte unos en otros enjeridos,  
Que cerraban la senda y paso estrecho:  
Dentro estaban los indios prevenidos,  
Las armas sobre el muro y antepecho,  
Que según orgullosos se mostraban,  
Al cielo no á la gente amenazaban.

Viendo los españoles ya cerrados  
Los pasos y cerrada la esperanza,  
A pasar ó morir determinados,  
Poniendo en Dios la firme confianza,  
De la albarrada un trecho desviados  
Prueban de los caballos la pujanza,  
Corriendo un golpe dellos á romperla,  
Y los bárbaros dentro á defenderla.

Así la gente estaba detenida,  
Que todo su trabajo no importaba,  
Ni al peligro hallaba la salida  
Hasta que el viejo Villagrán llegaba:  
Que vista la escusada arremetida  
Cuán poco en el remedio aprovechaba,  
Sin temor de morir ni muestra alguna,  
Dió aquí el último tiento á la fortuna.

Estaba en un caballo derivado  
De la española raza, poderoso,  
Ancho de cuadra, espeso, bien trabado,  
Castaño de color, presto, animoso,  
Veloz en la carrera y alentado,  
De grande fuerza y de ímpetu furioso,  
Y la furia sujeta y corregida  
Por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento  
Bate el presto español recio la ijada,  
Que sale con furioso movimiento,  
Y encuentra con los pechos la albarrada;  
No hace en el romper mas sentimiento  
Que si fuera en carrera acostumbrada,  
Abriendo tal camino, que pasaron  
Todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendían  
El paso, pero al cabo no pudieron;  
Que por mas que las armas esgrimían,  
Los fuertes españoles los rompieron:  
Unos acia la mano diestra guían,  
Otros tan buen camino no supieron,  
Tomando á la siniestra un mal sendero  
Que á dar iba en un gran despeñadero.



A la siniestra mano, acia el poniente,  
Estaban dos caminos mal usados,  
Estos debian de ser antiguamente  
Por do al agua bajaban los venados:  
Digo en tiempos pasados, que al presente  
Por mil partes estaban derrumbados,  
Y el remate tajado con un salto  
De mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por orden de natura no sabida,  
O por gran sequedad de aquella tierra,  
O algun diluvio grande y avenida  
Fué causa de tajarse aquella sierra:  
Pues por allí la gente mal regida  
Ocupada del miedo de la guerra,  
Huyendo de la muerte ya sin tino  
A dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando,  
Que repararse un paso no podía,  
El segundo al primero tropellando,  
Y el tercero al segundo recio envía:  
El número se va multiplicando,  
Un cuerpo mil pedazos se hacia,  
Siempre rodando con furor violento  
Hasta parar en el mas bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo  
Lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,  
Cuando el terrible cuerpo estremeciendo  
Sacude los peñascos de la cumbre  
Que vienen con gran ímpetu y estruendo  
Hechos piezas abajo en muchedumbre:  
Así la triste gente mal guiada  
Rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene,  
De verle con presteza el fin procura,  
Ninguno por el otro se detiene,  
Que detenerse ya fuera locura:  
Rodar también á alguno le conviene,  
Que mas de lo posible se apresura:  
A caballo y á pié, y aun de cabeza  
Llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,  
Que muertos los señores han caido,  
Otros desocuparlos fué forzado,  
Que por flojos la silla habian perdido:  
Cuál lijero cabalga, y cuál turbado  
Del temor de la muerte ya impedido  
Atinar al estribo no podía,  
Y el caballo y sazón se le huía.

No aguardaban por estos; mas corriendo  
Juegan á mucha priesa los talones,  
Al delantero sin parar siguiendo,  
Que no le alcanzarán á dos tirones:  
Votos, promesas entre sí haciendo  
De ayunos, romerías, oraciones,  
Y aun otros reservados solo al papa,  
Si Dios deste peligro los escapa.

Venian ya los caballos por el llano  
Las orejas temblando derramadas,  
Quiérenlos aguijar, mas es en vano,  
Aunque recio les abren las ijadas:  
El hermano no escucha al caro hermano,  
Las lástimas allí son escusadas,  
Quien dos pasos del otro se aventaja  
Por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso  
Siente al furioso toro avecinarse,  
Que piensa atribulado y temeroso,  
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,  
Y se aflige y congoja presuroso  
Por correr, y no puede menearse:  
Así estos á gran priesa á los caballos  
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza  
Sigue el alcance, y siempre los aqueja;  
Dichoso aquel que buen caballo alcanza,  
Que de su furia un poco mas se aleja;  
Quién la adarga abandona, quién la lanza,  
Quién de cansado el propio cuerpo deja,  
Y así la vencedora gente brava  
La fiera sed con sangre mitigaba.

Aquel que por desdicha atrás venia,  
Ninguno, aunque sea amigo, le socorre,  
Espacio el mas lijero se movia,  
Quien el caballo trota, mucho corre:

El cansancio y la sed los afligia;  
Mas Dios, que en el mayor peligro acorre,  
Frenó el ímpetu y curso al enemigo,  
Segun en el siguiente canto digo.

